

## SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 113. — La reconstitución (conclusión), por don G. M. Seco, coronel de infantería; pág. 115.—Inglaterra y Transvaal (continuación), traducción por el señor Marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor, pág. 118. — Zaragoza, por don Juan Luengo, capitán de Ingenieros; pág. 122.—Sección Bibliográfica: Las palomas mensajeras, por don Luis Pelinger, ex director de los palomares militares de la República Argentina; pág. 127.—Monografías de historia militar (cuaderno 27), publicadas por el Grande Estado Mayor alemán; pág. 128.

Pliegos 97 y 98 del tomo II del **DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES**, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

Pototskii: **TRATADO DE ARMAS PORTATILES Y DE TIRO**; pliegos 53 y 54. Traducción y ampliación por don Narciso Martínez Aloy, capitán de Infantería.

## CRONICA GENERAL

COSAS ANTICUADAS. — COMO HABLAN DE NOSÓTROS LOS EXTRANJEROS. — FOTOGRAFÍA BIEN HECHA. — EL ENTRETENIMIENTO DE LOS ENCASILLADOS. — LA NOMOGRAFÍA. — VENTAJAS DE LA REPRESENTACIÓN GRÁFICA. — LO QUE NO TIENE FIGURA EXPLICATIVA.

Varias veces hemos indicado que había pasado la época, en nuestro país, de los planes vastos, de las organizaciones estupendas, de las reorganizaciones que llenan la *Colección Legislativa* de fantasmagóricos encasillados, sin llevar el menor aumento de eficacia á la fuerza armada. Hemos de convencernos de nuestro estado decadente, y obrar en consecuencia de tal estado. Hundidos hasta la coronilla en el pantano de la inutilidad, es hacer el peor de los papeles entretenernos en *toilettes* más ó menos esmeradas y en vestirnos trajes más ó menos vistosos: salgamos del pantano, y ya pensaremos, entonces, en elegir la indumentaria que más nos convenga.

El ejército representa, y es realmente, la fuerza de la nación. Decir *fuerza*, y decir *respeto*, es lo mismo en las relaciones de los pueblos, pues los estados gradúan la naturaleza de las cortesías por la naturaleza del poder militar. Pues bien, lo esencial es mejorar el concepto que por esos mundos se tiene de la potencia militar de España; y para ello es necesario mejorarla esencia, el espíritu de nuestras instituciones militares. Si nos contentamos con agrupar las mismas cosas con tales ó cuales nombres, nadie creará en casa, y menos fuera de casa, que hemos adelantado un paso. ¡Y, cómo han de creerlo, si nos conocen! ¡Si nos saben de memoria!

Véase, sino, como muestra, algo de lo que dice un periódico tan acreditado como es la *Kölnische Zeitung* (Gaceta de Colonia), bajo el título de *Die Wiedergeburt Spaniens und die Armee*. (La regeneración de España y de su ejército). «Como hemos dicho antes — afirma la *Gaceta* — el ejército actual no puede ser la escuela de la regeneración. No hay duda de que aun en las últimas desgraciadas campañas el soldado ha cumplido como bueno, mostrándose valiente, sobrio, perseverante y obediente; ha luchado algunas veces como un león á favor

de una causa que debía considerar perdida. Pero la oficialidad de hoy, en muchos de sus elementos, no sirve para escuela de la nación. En el mismo ejército hay elementos á los cuales debe atribuirse en gran parte la decadencia del espíritu militar; oficiales políticos, aspirantes á beneficios que sólo cuentan con el mérito de la influencia, representantes del egoísmo, habitantes perpetuos del *Fijo de Madrid*, donde algunos han pasado todo el tiempo de su servicio, desde subteniente á general, personas para las cuales se ha encontrado siempre algún puesto en comisiones de reglamentos ó tácticas y ajenas al servicio de la tropa, á la que sólo conocen porque la encuentran por la calle, empleadas siempre en redactar reglamentos ó en realizar servicios en los cuales no adquieren conocimientos prácticos. Una parte de la oficialidad española trabaja sin duda con inteligencia, pero los representantes de la rutina constituyen la mayoría, y las aspiraciones científicas se convierten muchas veces en especulaciones infructuosas, del todo inútiles para la instrucción del soldado y la preparación para la guerra. De la oficialidad debe salir la reforma del ejército: una actividad seria y continuada, pero ofreciendo variedad, y dirigida continuamente á mejorar la instrucción y la educación de los soldados tomados de todas las esferas del estado, debe ser la tarea de una oficialidad formada de otro modo que hasta ahora... »

¡A qué continuar! ¡A qué descorrer más el velo, cuando ya sabemos muy bien lo que pueden decir de nosotros! ¡Nos conocen, no hay duda, nos conocen! No vale, pues, seguir haciendo encasillados, y reglamentos y contrareorganizaciones, para entreténimiento de los cajistas del Depósito de la Guerra.

\*  
\*  
\*

La facilidad con que, gracias al progreso de las artes del grabado, se pueden intercalar figuras en los libros y periódicos, va dando cada vez mayor importancia á la representación gráfica de los objetos, de las ideas y aún de las estadísticas y de las leyes científicas. La *nomografía*, ciencia que trata de estas representaciones, tiene ya un lugar muy distinguido en el conjunto de los conocimientos teórico prácticos, y justo es aceptarla, porque realmente, las representaciones gráficas tienen una claridad tan grande, de tal manera se graban en la imaginación, que ningún otro medio de explicación puede aventajarlas para dar idea de las cosas. La *estática gráfica*, por ejemplo, reuna ventajas de primer orden para el estudio práctico de ciertos problemas de la mecánica de las construcciones; los diagramas ponen de manifiesto, mejor que todas las fórmulas imaginables, el trabajo de las máquinas y las variaciones de sus esfuerzos; las curvas debidamente trazadas son la imagen viviente de muchas ecuaciones algébricas, de infinidad de leyes matemáticas, de las estadísticas más complejas. Sólo estas curvas pueden poner á la vista, de una ojeada, las variaciones de la mortalidad ó de los nacimientos de un pueblo, las incidencias de su comercio, etc., etc., pues el campo es absolutamente inagotable.

La nomografía ha adquirido, como decimos, tal desarrollo, que hoy existen libros enteramente destinados á representar, por medio de líneas ó de superficies, los resultados de todas las fórmulas que el ingeniero, el mecánico, el artillero, el marino necesitan saber para la práctica constante de sus respectivas profesiones. Gracias á esos tratados, el simple examen de una figura, el acto de

recorrer con el dedo una curva bastan para evitarles el empleo de cálculos en los que, cualquier error puede inducir á resultados fatales, sin que á primera vista nada ponga de manifiesto que no se ha obtenido la cifra exacta que se deseaba.

En otro orden de ideas, la representación gráfica ha hecho mucho camino para vulgarizar ciertas ideas y conocimientos estadísticos. Ojead un almanaque militar, por ejemplo, y veréis el infante representante de la infantería rusa, descollando por encima del de Alemania, Francia, Austria, etc., que le siguen en orden de magnitud. Observad los jinetes que dan idea de la respectiva caballería, y veréis como al colosal, de Rusia también, sigue el de Francia, Alemania, etc. Mirad los buques representantes del poder marítimo, y el acorazado inglés, y el crucero inglés, y el aviso inglés, y el torpedero inglés aparecerán á vuestros ojos de tamaño mucho más considerables que los respectivos buques de Francia, Italia, Rusia, etc. Mirad, tratando de ferrocarriles, las figuras que representan el movimiento de pasajeros, y veréis que el flemático inglés ocupa el primer lugar con 1.083 millones de viajeros transportados en un año, á pesar de que, por sus 38 millones de kilómetros de vía, ocupa, la locomotora representativa de su red ferroviaria, el quinto lugar en las de todo el mundo.

España, en todas esas estadísticas gráficas, está representada por figuras, buques, máquinas, trenes muy diminutos. ¡Ah! ¡Es que no hay estadísticas del toreo! Las hay de la infantería, de la caballería, de la artillería y todo es chiquito. ¡Si las hubiera de generales! ¡Y si las hubiera de espíritu militar!

NIEMAND.

19 de abril de 1900.

## LA RECONSTITUCION

(Conclusión.)

Como sigue sin resolver la importante cuestión de las escalas abiertas ó cerradas, he de confesar que me parecen aceptables las primeras, siempre que se admitiesen, para abrirlas con acierto, las severas garantías señaladas en mis tratados: es decir, código que tase los méritos, y procedimiento judicial público, para conceder el ascenso. De no ser así, hallo preferible la escala cerrada.

En todo caso, me adhiero á la opinión emitida en esta REVISTA, por un ilustradísimo colaborador, acerca de que la *elección*, tan ocasionada á errores, sea substituída por la *selección*; es decir, por la negativa del ascenso á quien no se halle en condiciones de obtenerlo. Este sistema tiene, sin embargo, el inconveniente de que no dará resultado, si faltara perseverante severidad en las clasificaciones.

\*  
\* \*

Para muchos (quizá no para mí), es problema de importancia, que el empleo de general se alcance antes de llegar á la vejez (1). Esto no se consigue su-

(1) Véase en mi *Tratado de Derecho remunerativo* el artículo *La edad de los generales*.

ficientemente bien con la ruptura de las escalas, sino con la justa proporción en el número de oficiales en cada empleo.

Con reducir los oficiales á un capitán y un teniente por compañía en pie de guerra, dejando á los suboficiales el mando de sección, según he dicho antes, y con suprimir algún empleo inútil, por no corresponder á mando de unidad táctica, el problema quedaría resuelto, con ventaja para todos, oficiales y tropa.

La cuestión es evitar á toda costa el exceso de personal de oficiales, que son las primeras víctimas de tan gravísimo mal.

\*  
\* \*

En un trabajo de la naturaleza del presente he de ser muy parco al tratar de los haberes.

Ya he dicho, que, si se quiere disponer de buenos voluntarios, será preciso pagarlos bien; y recuerdo que un distinguido médico militar (1), en un Tratado de Higiene, hizo la curiosa y exacta observación de que los animales carnívoros son más feroces que los otros; así, pues, si se quiere obtener idéntico resultado en los hombres, hay que mantenerlos con carne, sin que perjudique rociarla con vino.

Para evitar deudas, y hasta la menor probabilidad de que se desarrolle el hambre de dinero, á fuerza de carecer de él; teniendo en cuenta que esta clase de apetitos es muy mala consejera, y que en la sociedad pierden su prestigio las instituciones cuyos miembros no se presentan con el decoro correspondiente á la clase en que se les obliga á permanecer, los oficiales subalternos deben estar bien pagados, sobre todo, si se atiende á las razones que di, para demostrar que deben ser casados, en mi artículo «Haberes de los oficiales y de sus familias» publicado en el tomo IV, 5.<sup>a</sup> serie de esta REVISTA. Las indicadas razones son de moral profesional y privada, de decoro para el uniforme, y de salud necesaria para la guerra; y, en mi concepto, merecen que no se las olvide.

\*  
\* \*

No habiendo para el oficial limitación de tiempo en el contrato de ingreso ni en el juramento (2) de banderas; y siendo injusto pagar retiro al hombre joven y robusto que abandone la carrera por conveniencia ó por inconstancia, la salida del ejército, para los individuos de la referida clase, no debe ser sino en las condiciones siguientes:

1.<sup>a</sup> Con licencia absoluta á solicitud propia, conservando las condecoraciones y el título de *ex-oficial*, sin sueldo.

2.<sup>a</sup> Separación del servicio, por motivos no deshonorosos, como accesoria de la prisión militar en determinados casos, conservando una pequeña pensión, si

---

(1) Siento no tener el gusto de recordar el nombre; pero hace 15 años, hallándome en Sevilla, leí tan interesante obra, cometiendo la imperdonable falta de no tomar nota.

(2) El oficial debiera prestar otro juramento más amplio, prometiendo ser justo en el mando, y emplear todos los recursos de su inteligencia, de su saber y de su valor, para mantener la disciplina y obtener la victoria. Este juramento debiera rodearse de gran solemnidad, en el acto de ceñir la espada.

el interesado contase cierto número de años de servicio. También conservaría los honores de que habla el número anterior.

3.<sup>a</sup> Separación por motivos deshonrosos, conservando pensión; pero no condecoraciones, títulos ni honores.

4.<sup>a</sup> Pérdida de empleo y de toda clase de derechos adquiridos, en los casos que determina el código.

Los oficiales no comprendidos en los párrafos anteriores, según su estado de salud y de vigor, ocuparían una de estas cuatro situaciones: 1.<sup>a</sup> actividad; 2.<sup>a</sup> servicio de plazas; 3.<sup>a</sup> servicio de oficinas; 4.<sup>a</sup> exención de todo servicio (para los absolutamente impedidos).

Llamo la atención sobre el hecho de existir un excedente enorme, por lo cual, hoy, por hoy, no conviene al Estado, ni á la oficialidad, suprimir los retiros, porque esto equivaldría á obligar á aguardar ascensos y conservar la excedencia, con daño para el tesoro y para el movimiento de las escalas.

Es decir, que la supresión de retiros no será aplicable, hasta tanto que el personal de oficiales quede reducido á lo estrictamente necesario, *si esto se consigue alguna vez.*

\*  
\*\*

Finalmente, como propuse en el artículo últimamente citado, en el cual, nada tengo que rectificar, los oficiales, por decoro de la institución, para bien de sus familias, y con objeto de que los políticos egoístas no regateen á viudas y huérfanos el mísero socorro de la pensión, serían obligados á sostener una sociedad de seguros mútuos sobre la vida, que pagase las pensiones, ó, mejor, facilitase el capital correspondiente, cuando falleciere el causante; además, deberían sostener un colegio de huérfanos.

Precisamente, uno de los motivos para desear que la oficialidad sea lo más reducida posible, es que los sueldos puedan aumentarse, para cubrir estas y otras necesidades, poniéndolos al nivel de los señalados en otros ejércitos.

Respecto al sacrificio necesario para el sostenimiento de un colegio para todos los huérfanos de militares, ya demostré con cifras, en *La Correspondencia Militar* (1), que es muy pequeño.

En lo tocante á las pensiones, me he entretenido en hacer los cálculos necesarios, para saber el resultado que daría la imposición, en una sociedad cualquiera de seguros, del diez por ciento del sueldo, durante la vida militar del oficial: la sociedad podría dar á los herederos de éste un capital medio, que, al cinco por ciento anual, produciría una renta igual á la cuarta parte del sueldo mayor disfrutado por el causante; pero, téngase en cuenta: 1.<sup>o</sup> que en este cálculo no han sido excluidos los solteros ni los viudos sin hijos; 2.<sup>o</sup> que se ha de suponer que la sociedad de seguros gana, por lo menos otro tanto.

Tenemos, pues, que, reducido el número de oficiales á sus justos límites, y aumentando muy poco los sueldos, pudiera suprimirse de golpe el presupuesto de clases pasivas militares; y lo mismo podemos decir de las clases civiles.

(1) Números 5310 y 5316, de Julio y 3 de Agosto de 1895.

\*  
\* \*

## CONCLUSIÓN

Hay quien, sin haber estudiado con paciente observación las relaciones que existen entre las leyes y las costumbres, cree que en aquellas no existe capacidad para el mejoramiento de éstas.

El pueblo, con mejor sentido, estableció el siguiente aforismo: *El que hizo la ley, hizo la trampa.*

Por eso, es, que las leyes no mejoran las costumbres; porque las leyes, en general, contienen muchísimas trampas, de que los vicios, el egoísmo y la mala fé, se aprovechan ampliamente: por manera que las leyes, lejos de poner coto al mal, suelen fomentarlo.

Haciendo leyes sin *trampa*, que cierren en absoluto las puertas al mal y las abran de par en par para el bien, las funciones públicas de todas clases serán un constante ejemplo de virtudes, que descendiendo por la ley de la gravedad, desde las altas regiones, se irán infiltrando de un modo lento, pero seguro, hasta las más bajas capas sociales.

Y lo que hemos de buscar por todos los medios posibles, es honor, justicia y saber, en lo moral; vigor, recompensa y castigo, en lo material.

Así reconstituiremos nuestros desquiciados organismos.

G. M. SECO.

Coronel de infantería

## INGLATERRA Y TRANSVAAL

*(Continuación.)*

No obstante la sensación que en Inglaterra causaron las noticias de los desastres de Stormberg y Magersfontein, se abrigaba en general la firme confianza de que un ataque enérgico de Buller para forzar la línea del Tugela y libertar á Ladysmith neutralizaría la suerte adversa de los ingleses en los teatros de operaciones meridional y occidental. De esta manera, hasta la opinión pública otorgaba al Natal, como teatro decisivo de operaciones, aquella importancia que no podía deducirse claramente de la diseminación de los refuerzos ingleses. Y aun los centros directores que, prescindiendo de los informes de Buller, habían determinado tal reparto de tropas, tuvieron que ceder ante la opinión pública, si es exacta la noticia de que Buller, inmediatamente después de los combates de Stormberg y Magersfontein, recibió orden de tomar la ofensiva para procurar una victoria que tranquilizase los ánimos.

Sólo así puede explicarse la contradicción que se observa entre la conducta circunspecta y vacilante de sir Buller en las dos primeras semanas de diciembre y el modo impremeditado con que atacó el día 15 del mismo mes, haciéndose también patente en esta ocasión las consecuencias trascendentales de rebajar por medio de influencias extrañas é injustificadas las iniciativas é independencia del mando.

Después de haber permanecido Buller hasta el 12 de diciembre en Frere-

Station y de haber comprobado, en un reconocimiento de su vanguardia, la presencia de numerosas fuerzas boers al sur del Tugela, entre este río y el Blaauwkraas, avanzó el día 14 contra Colenso y la línea del Tugela, sin procurarse antes el más pequeño dato respecto á la fuerza y posiciones de aquellas fuerzas enemigas. Durante el combate que en estas condiciones se empeñó, no podían faltar, naturalmente, amenazas de flanco y sorpresas de fatales consecuencias. Conteniendo ya en sí las mayores dificultades el ataque de frente contra un enemigo establecido detrás de un río, porque los puntos de paso convenientes se hallan bajo la acción eficaz de los fuegos de un adversario cuya posición no se puede explorar en todos sus detalles, debe, por lo menos, tenerse la previsión de hacerse dueño de la orilla desde la cual va á acometerse una empresa que, sin tal medida, sería irrealizable. El incumplimiento de esta condición primordial influyó perniciosamente en el curso del combate empeñado por Buller á orillas del Tugela.

Según se desprende de todos los informes conocidos, el grueso de los boers — unos 12 000 hombres — mandados por Schalk Burgher, por enfermedad de Joubert, ocuparon la línea del Tugela en Colenso y la fortificaron con extraordinaria habilidad durante la pausa que hubo en las operaciones á últimos de noviembre y principios de diciembre. Cerraron también con fuertes destacamentos todos los caminos que por rodeo conducen á Ladysmith: el puente de Springfield sobre el pequeño Tugela, á 30 kilómetros al oeste de Colenso, el puente sobre el río Buschmann en Weenen, punto este último de gran importancia por ser cruce de los caminos Ladysmith-Weston y Estcourt ó Colenso-Greytown; y el puente sobre el Tugela situado detrás, en dirección á Ladysmith y á 10 kilómetros agua abajo de Colenso. Esta agrupación de las fuerzas boers, resultado bien calculado de aquella retirada de Joubert que los ingleses saludaron con tanta satisfacción y confianza, merece la mayor atención, porque explica aquella extraña operación y demuestra al propio tiempo que el general boer supo utilizar estratégicamente las circunstancias del terreno. Hoy, que la situación es más despejada, puede afirmarse que aquella retirada de los boers no tuvo otro objeto que el de inducir á los ingleses á una persecución hacia el norte, en el transcurso de la cual, y mientras quedaban detenidos ante la posición atrincherada del Tugela, hubieran sido envueltas sus dos alas desde Weenen y Springfield. Esta distribución de fuerzas daba á los boers la dominación completa de la línea del Tugela en un trayecto de 70 kilómetros, oponiéndose así á un avance de los ingleses sobre Ladysmith, pues ni entre Colenso y Springfield por una parte, ni agua abajo hasta el puente del Tugela, al norte de Weenen, podían las tropas británicas franquear un río muy crecido y falto de puentes y vados.

La zona comprendida dentro del triángulo Colenso-Frere-Springfield carece de caminos y es muy montañosa; aunque permita los movimientos de las tropas boers, por ser éstas móviles y conocer bien el terreno, era, sin embargo, un obstáculo para la marcha de las columnas cerradas de los ingleses, que sólo podían aprovechar la carretera entre Frere y Springfield. Análogas eran las circunstancias en el flanco derecho de los ingleses dentro del triángulo Colenso—puente sobre el Tugela al norte de Weenen—Estcourt, profundamente surcado en sentido transversal por el río Blaauwkraas. Además, hay que considerar que al desviarse los ingleses de la dirección de Colenso, ya fuera hacia Weenen ó

hacia Springfield, tenían que abandonar la vía férrea y confiar sus abastecimientos y artillería a otra línea de comunicación más insegura, exponiéndose también durante esta operación a un ataque de flanco desde Colenso. Por su situación, y ante un movimiento semejante de los ingleses, podían igualmente los boers trasladar con rapidez el grueso de sus fuerzas a Springfield ó al puente sobre el Tugela al norte de Weenen, de manera que llegaran a dichos puntos antes que los ingleses, y éstos encontrarán las mismas dificultades para el paso, teniendo en cambio una base peor.

Recordando que el general Buller había avanzado hasta Frere, sobre la cuerda del arco que formaban las fuerzas boers, y que allá permaneció a la expectativa y en actitud vacilante, debía razonablemente suponerse que, después de conocer, por medio de una exploración minuciosa, la verdadera situación estratégica, se espantaría ante la idea de un avance que le había de llevar a ser envuelto irremisiblemente por el enemigo. Porque si, al atacar los ingleses a Colenso, las fuerzas boers de Weenen y Springfield avanzaban contra la línea de operaciones de Buller, le estaba reservada a éste la misma suerte que a White en Ladysmith. No puede, sin embargo, sostenerse aquella suposición, ante la confianza con que Buller emprendió la marcha hacia Colenso sin tomar ninguna medida para seguridad de sus flancos, y hay que creer que cumpliría así instrucciones de Londres ordenándole que atacara a toda costa. Pero también es muy probable que, a pesar de su larga permanencia en Frere y por no haber practicado buenos reconocimientos, tuviera una idea completamente equivocada de la distribución de las fuerzas boers y de la situación estratégica, y descuidara, en consecuencia, todas aquellas disposiciones fundamentales que habían de determinar la acción táctica en Colenso y ordenar bien el curso del combate.

El río Tugela, que con inflexiones muy pronunciadas corre en sentido general de oeste a este, forma en Colenso un arco cóncavo hacia el sur envolviendo dicho pueblo, agua abajo del cual se dirige de nuevo bruscamente hacia el norte. El puente del ferrocarril situado al norte de Colenso había sido volado; el de la carretera, agua arriba del anterior, estaba sólo minado; sólo existían dos vados, uno entre ambos puentes y otro inmediato y agua arriba del de la carretera. Siendo éstos los únicos puntos por donde los ingleses podían intentar el paso sin necesidad de tender puentes, abrieron los boers en la orilla norte, de rápida vertiente, un sistema de trincheras ascendentes, en forma de zigzag, que permitían varios órdenes escalonados de fuegos. Además, habían hecho pasar numerosas fuerzas a la orilla sur con el fin de constituir una excelente posición fortificada sobre el monte Inhlawe, desde la cual dominaban la carretera Colenso-Weenen y amenazaban Colenso y los pasos del río. Demostraron también los boers una extraordinaria destreza prolongando su posición de la orilla norte por medio de trincheras, ocultas con ramaje y protegidas por alambradas que se construyeron en la orilla sur, de tal modo, que flanqueaban el vado superior de los dos mencionados y el espacio entre los dos puentes. Colenso estaba ocupado con muy pocas fuerzas boers.

La condición primordial para forzar la línea del río consistía en tomar desde luego las posiciones boers de la orilla sur, particularmente las del monte Inhlawe, las que, guarnecidas con muchas fuerzas y artillería, amenazaban de revés cualquier tentativa para pasar el Tugela. No se adoptó ninguna disposición



preparatoria en este sentido, y ni siquiera comprobó Buller, por medio de reconocimientos, la presencia de fuerzas boers en el monte Inhlawe y en las trincheras flanqueantes al oeste de Colenso, pues de lo contrario no hubieran causado sorpresa los ataques que desde ambos puntos efectuaron los boers durante el combate. La única preparación del ataque por parte de los ingleses consistió en cañonear, el 14 por la tarde y el 15 por la mañana, las presumibles posiciones boers con las piezas de marina y las baterías de obuses; no habiendo sido contestado este fuego de artillería, se creyó que las posiciones de los boers se hallaban más al norte y á mayor distancia del río.

Según esto, las disposiciones de Buller se concretaron á ordenar á la brigada Hildyard que avanzara por el este de Colenso hacia el vado inferior, á la brigada Lyttleton que, pasando por Colenso, marchara hacia el puente de la carretera, y á la brigada Hart que se dirigiera por el oeste hacia el vado superior. Las faltas cometidas en la exploración ocasionaron en seguida la pérdida de cohesión en este ataque, y, á consecuencia de la acción de las fuerzas boers situadas al oeste y al este de Colenso, se produjo la catástrofe, aun antes de que el grueso de las fuerzas llegara á la línea del Tugela, más allá de cual río se esperaba la principal resistencia. Las brigadas Hildyard y Lyttleton, la primera en parte y la segunda totalmente, quedaron detenidas ante la resistencia que encontraron en Colenso y se esforzaron por apoderarse de este pueblo. La brigada Hart, con su vanguardia mandada por Barton, estaba pasando el río por el vado superior cuando, súbitamente, recibió un mortífero fuego cruzado desde la orilla norte y desde las trincheras situadas al oeste de Colenso, obligándola á emprender aceleradamente la retirada.

A costa de muchos trabajos pudo esta brigada reunirse con parte de la de Hildyard, que en este intervalo de tiempo había avanzado por el este de Colenso hacia el vado inferior. Pero entonces, los efectos del fuego de las trincheras que por la orilla norte del Tugela abarcaban el arco del río y del que hacía la artillería boer emplazada sobre el monte Inhlawe se sintieron con tanta violencia, que no sólo hubo que desistir de continuar el movimiento de avance, sino que también fué imposible resistir en aquel punto. Inútilmente trató Buller de ganar con su artillería una posición adecuada para contrarrestar los fuegos del monte Inhlawe, en cuya dirección hizo avanzar toda su caballería é infantería montada. El ala derecha de la artillería no pudo encontrar un emplazamiento eficaz contra las piezas de gran alcance de los boers, y las baterías 7.<sup>a</sup>, 14.<sup>a</sup> y una de marina, que lograron aproximarse más al río, entraron en el cruce de fuegos de la orilla norte y trincheras avanzadas del monte, y en un momento fueron muertos ó heridos oficiales, sirvientes, y ganado; en número tal, que fué imposible retirar las piezas. También la caballería é infantería montadas, que se habían adelantado hacia el monte Inhlawe, encontraron en todas partes, y sobre todo en el llano, trincheras enemigas que les causaron numerosas bajas, haciendo fracasar el movimiento.

El efecto que esta serie de catástrofes, en tan poco tiempo ocurridas, produjo sobre las tropas inglesas fué demasiado poderoso para que pudieran resistir en el terreno que habían conquistado merced á los esfuerzos de la brigada Lyttleton, en Colenso. Al ser destruídas las tres mencionadas baterías, las tropas que casi sin combatir permanecían todavía junto á la orilla del río, se precipita-

ron hacia dicho pueblo, arrastraron consigo á la brigada Lyttletod, y, después de reunirse con la caballería diezmada en el monte Inhlawe, se retiraron en desorden á Frere, *saludadas* por las piezas gruesas de los boers emplazadas en la orilla norte.

La ofensiva de sir Buller, tan ansiada por la opinión pública, tuvo de esta manera un desenlace desastroso y trascendental para las armas inglesas. Buller perdió unos 1.200 hombres entre muertos y heridos y 11 piezas; pero mayor quebranto había de experimentar la moral del soldado al comprender éste que, por errores del mando, se le llevaba á combatir estérilmente contra un enemigo que, sin dejarse apenas ver y utilizando con gran destreza todas las ventajas del terreno, ocasionaba semejantes derrotas.

(Continuará.)

Traducido del «Militär-Wochenblatt» por el

MARQUÉS DE ZAYAS,

Comandante de Estado Mayor

---

## ZARAGOZA

No crea el lector al ver el epígrafe que encabeza este artículo que su fin es dar una nueva descripción de los sitios de que esta ciudad fué objeto en la guerra de la Independencia; sería una insigne inmodestia cuando tantos y tan buenos escritores se han ocupado de ellas, aparte que el que esto escribe no podría aportar dato alguno nuevo para su historia: el fin que se perseguirá en estas líneas no se refiere al pasado sino al porvenir, tratando de demostrar la gran importancia militar de esa población, la conveniencia de fortificarla, y la manera de efectuarlo sin que los gastos asciendan á sumas fabulosas. Si, como es probable, el desarrollo del tema elegido no está en armonía con su importancia, se suplica alguna indulgencia con este escrito en obsequio, al menos, al buen deseo que ha inspirado su redacción.

Desde hace largos años son bastante cordiales las relaciones en que nuestro país se encuentra con Francia, y de desear es que no se turben; pero sólo Dios sabe lo que el día de mañana puede ocurrir. Reciente está el centenario de Colón y todos podemos recordar los agasajos de que nuestro país fué objeto, con ese motivo, por parte de los yankees: ya hemos visto con cuánta facilidad las cañas se convirtieron en lanzas, por desgracia nuestra; si esto ha sucedido tratándose de un país remoto y con el cual hasta el presente no habíamos sostenido guerra alguna, bien se comprenderá que no es un exceso de prudencia precavernos de las contingencias que pueden sobrevenir con un país vecino, sobrado de recursos y con el cual tanto hemos batallado.

La prueba de ello es que de una manera lenta y continua se trabaja en la fortificación de la primera línea de defensa, constituida por los Pirineos, y ya se comprende que en ella se estremaría la resistencia en caso de una irrupción; pero si, por desgracia, fuese rebasada, pocos obstáculos encontrarían los invasores en la segunda línea, constituida por el Ebro. No puede considerarse que éste presente dificultades para ser atravesado desde su nacimiento hasta Miranda y aun en los veranos, hasta Castejón; pero desde estos puntos, y sobre todo desde el

segundo hasta el Mediterráneo, puede ser utilizado estratégicamente, si bien el paso de un río es siempre más fácil de ejecutar y más difícil de impedir que el de una cordillera.

La posición que Zaragoza ocupa en el centro de este curso de agua pone de manifiesto uno de los aspectos de su importancia militar, pero no es éste el único; mayor la tiene por ser centro de numerosas vías de comunicación, pues, como es sabido, de ella parten las carreteras siguientes: á Francia, por Canfranc y por Pamplona, á Madrid, á Valencia, y á Barcelona, existiendo además algunos caminos vecinales, sin importancia estratégica: por lo que se refiere á las vías férreas, está unida: á Francia, por Irún, á Idem por Canfranc, para la última de las cuales falta construir el túnel internacional; á Barcelona, por Lérida y por Tarragona; á Valencia, en construcción; y un pequeño ramal á Cariñena, sin importancia militar; estando también provista de una vía férrea de circunvalación, que, aunque no rodea por completo la población, podría ser de mucha utilidad desde el punto de vista de que se trata.

Tiene sobre el Ebro, dos puentes para carretera y uno para vía férrea; sobre el Gállego un puente colgante en la carretera á Barcelona; tres puentes sobre el Huerva, y otros tres sobre el Canal Imperial. Estos dos últimos cursos de agua son de poca entidad, pero el paso del Huerva, por lo encajonado que está, no se improvisaría con facilidad, sobre todo para la artillería gruesa y carros de trinchera. No hay que indicar que los puentes enumerados no todos están contiguos á la población, pues como es natural, se han citado los comprendidos dentro de la línea que formasen los fuertes destacados. En caso de guerra no bastarían, pero podrían reservarse los citados para las fuertes cargas ya indicadas y se construirían otros nuevos de madera en los sitios más adecuados para facilitar el movimiento á la infantería, caballería y aun artillería de campaña.

Emplazada Zaragoza entre el Canal Imperial y el Ebro (salvo el arrabal); á inmediaciones de la confluencia, con este río, del Huerva por la derecha y el Gállego por la izquierda, todos estos cursos de agua dividirían el campo atrincherado en varios sectores, en los cuales podrían acumularse los medios de defensa según aconsejaran las circunstancias, estando además rodeada de terrenos ondulados, que tan ventajosos son por las facilidades que dan para maniobrar y para obtener un buen aprovechamiento de fuegos.

Para un ejército que avancé por los Pirineos centrales, Zaragoza fortificada sería un valladar que tendría que ser anulado; y si avanzase por los Pirineos orientales ó por los occidentales, vería por la misma plaza amenazados sus flancos: si, en fin, el invasor rebasa el valle del Ebro sin bloquearla ó sitiaria, se hallarán muy comprometidas sus comunicaciones con la base de operaciones, base que, según todas las probabilidades, estaría establecida en la frontera; por todo lo cual, en resumen, se puede decir que *Zaragoza debe ser la CIUDADELA de los Pirineos y la LLAVE de la cuenca del Ebro.*

No se crea, por lo dicho, que se preconiza el sistema de crear un campo atrincherado de refugio, que en definitiva no produce más que el aniquilamiento del ejército que en él se guarece. En el segundo sitio (de los dos que sufrió á principios de nuestro siglo) encerró en su casco un ejército regular de unos 20.000 hombres, auxiliados con gran eficacia por la población civil, y no serían necesarios más en la actualidad para guarnecer el campo atrincherado que se constituyera.

No hay duda que el ferviente sentimiento religioso, que llevó en otra época á esta población á sacrificar la *mitad* de sus habitantes, hoy es menos vivo; pero, sin embargo, están en los aragoneses tan arraigadas las ideas de patriotismo, que bien puede asegurarse que, en caso preciso, cooperarían con entusiasmo á la obra del ejército.

El campo atrincherado que se estudia no puede ni debe ser de refugio, sino de maniobra y, al mismo tiempo, de depósito de toda clase de pertrechos de boca y guerra con que poder abastecer á un ejército que opere en la región en que esté enclavado, así como un medio de desembarazarlo de lo innecesario ó molesto que no se pueda ó no se deba abandonar; entendiéndose que tales abastecimientos y evacuaciones serán diariamente facilitados por las vías férreas, tanto entre el interior del país amigo y la plaza de depósito, como entre ésta y la zona en que operen los ejércitos. Desde el punto de vista de la gran táctica, un ejército hábilmente conducido siempre podrá utilizar un campo atrincherado para atraer á él al ejército enemigo, en cual caso, apoyando su centro ó una de las alas en tal obstáculo, tendría su acción ofensiva reforzada con las potentes armas que encierran esas formidables fortalezas. Si la suerte es próspera, se picará la retaguardia enemiga ó se le perseguirá, etc., etc.; si es adversa, se dejará la fuerza necesaria para la defensa del campo, emprendiendo con la restante la retirada, que, de este modo, podrá hacer con relativa comodidad, pues el vencedor no avanzará dejando en poder del contrario, á su espalda, una posición fortificada de importancia.

Perdónense tales divagaciones, y, volviendo al asunto principal, una vez demostrada, aunque algo someramente, la importancia militar de Zaragoza, ocurre preguntarse cuál sería el medio más adecuado de ponerla en estado de defensa.

Dado nuestro carácter nacional, el procedimiento más simpático es dejarlo todo para la víspera del conflicto, y puestos en tal aprieto, hacer unas obritas ligeras que, relativamente á su importancia, resultan caras y sirven para poca cosa, artillarlas deficientemente, suplir lo que falte con los tradicionales pechos de granito, y si, como es probable, la cosa no resulta á gusto del pueblo soberano, pedir la cabeza del malaventurado que la fatalidad designó para estar al frente de un desastre previsto y seguro.

Estas improvisaciones son malas, mejor dicho son imposibles, porque á ninguna persona de buen criterio se le puede ocurrir que en breves días se acumulen en un punto algunos centenares de bocas de fuego, se guarnezca la posición, se construyan las obras necesarias, se provea el punto en cuestión de municiones de boca y guerra, y se hagan los estudios preliminares indispensables para garantizar una buena defensa. Para un país que en tiempo de paz tuviera perfectamente estudiados todos sus medios de transporte, tal problema sería muy difícil; para nosotros, imprevisores en esto como en todo, seguramente sería imposible.

Dado el estado en que el país se encuentra, no es posible tampoco aspirar á la ejecución de obras costosas que, cuando se emprenden se eternizan, por la pequeñez de las consignaciones anuales, ocurriendo que, al terminarlas, son de poca utilidad porque las modificaciones y adelantos de las armas de fuego las hacen inadecuadas para el emplazamiento de la artillería propia y para resistir

los efectos de la contraria; por lo cual, si bien parece imprescindible hacer algo en tiempo de paz, tales trabajos deben ser de tal índole que, á ser posible, no *envejezcan*, que su coste no sea excesivo, y que se presten en un breve período á ser perfeccionados y reforzados con obras de campaña.

Descartada la hipótesis de campo de refugio, que no responde al caso que se estudia y circunscripta la cuestión á organizar en esa población un campo atrincherado de maniobra, puede resolverse el problema de modos muy diversos. Escritores militares modernos preconizan el establecimiento en ellos de una serie de líneas defensivas concéntricas, en número que algunos elevan hasta diez: tal exageración no merece siquiera ser refutada. Otros más prudentes reducen el número de líneas á cuatro, que aún es excesivo, pues la acumulación de obras no aumenta el valor de la fortificación, la que sólo debe ser un elemento auxiliar del combatiente. En un país como el nuestro, cuyo erario no está muy desahogado, sólo podrían adoptarse dos líneas permanentes: una lejana y otra contigua á la población, que constituirían los puntos de apoyo de la línea avanzada la primera, y del recinto de seguridad la segunda, sobreentendiéndose que, excepto estos fuertes, todo lo demás serían obras de campaña que sólo se construirían cuando hubiese un fundado temor de ruptura de hostilidades.

Con el fin de no involucrar las ideas, se indicaran: las obras que convendría construir con carácter permanente, los recursos que se deberían tener aparcados en tiempo de paz, los trabajos que habría que realizar para poner la plaza en buen estado de defensa, y los medios que se acumularían para prolongar ésta.

*Obras permanentes.* Ya se ha dicho que estarían constituidas por dos líneas fuertes, una alejada y otra contigua a la población. Teniendo Zaragoza unos dos kilómetros de diámetro y debiendo estar los fuertes destacados á unos seis kilómetros de su perímetro, la circunferencia formada por éstos tendría unos 45 kilómetros de desarrollo; admitiendo que, por término medio, estuvieran situados á tres kilómetros unos de otros, resultaría en definitiva que habría que construir unos 15 fuertes. Nada se dirá sobre sus emplazamientos por razones fáciles de comprender, aparte que el que esto escribe no se conceptúa con autoridad suficiente para emitir su opinión sobre asunto tan delicado. Lo que sí se puede asegurar de antemano es que la expropiación de los terrenos necesarios para ellos no sería costosa, pues la mayor parte estarían colocados en sitios casi incultos, y de poco valor, por lo tanto, para la agricultura.

Huelga decir que los fuertes estarían adaptados al terreno, y, por lo tanto, no serían uniformes; pero, en lo posible, se supone que se adoptarían obras de poca profundidad, con escarpa en glasis de fuerte pendiente ( $\frac{4}{5}$  ó  $\frac{3}{4}$ ) sin revestimiento de mampostería, foso flanqueado con pequeñas caponeras metálicas, contraescarpa revestida con arcos en descarga, á los que se adosaría un grueso muro de piedra en seco hacia el lado de las tierras: desarrollo de magistral 200 metros, sin cúpulas ni afustes acorazados, bóvedas de cemento armado (hiero y hormigón) para repuestos, abrigos y casamatas de las baterías traidoras.

Las razones de tales disposiciones son las siguientes: las escarpas de mampostería, so pena de tener espesores colosales, no son de utilidad contra los temibles efectos de la granada torpedo; la escarpa en glasis permite barrer ésta y el fondo del foso con fuegos de frente: de los órganos de flanqueo no se debe

prescindir, porque contribuyen á impedir el paso del mismo, pero deben ser obras pequeñas para que el estrechamiento que en él produzcan no faciliten su paso por medio de puentes volantes. Está, por lo tanto, muy indicado el empleo del hierro en las caponeras, y debe armárselas con cañones desprovistos de retroceso con preferencia á las ametralladoras, pues éstas sólo sirven contra tropas mientras que los primeros se pueden utilizar contra éstas y contra los ingenios que el atacante emplee para atravesar el foso.

Si el día fuese á todas horas luminoso y claro, podría suprimirse la contra-escarpa, pues el mayor obstáculo para el avance de una tropa es tener que atravesar una zona de 200 metros, barrida con un fuego eficaz; pero, para estar á cubierto de sorpresas nocturnas, y en tiempo de nieblas, bueno será aceptar esta defensa pasiva, en cuya eficacia no se debe, sin embargo, confiar excesivamente: los arcos en descarga, aparte la economía de mampostería, facilitan la construcción de contraminas cuando el enemigo recurra á la guerra subterránea para la rendición del fuerte. El muro de piedra en seco adosado á la contraescapa tiene por objeto hacer reventar prematuramente las granadas mina que el contrario proyecte sobre el glasis para producir voladuras que la derrumben, facilitando el paso del foso.

Se indica tan pequeño desarrollo de magistral porque no conviene construir fuertes grandes, con el fin de que no absorban grandes efectivos sus guarniciones. Estas obras no deben ser más que los núcleos sólidamente organizados de una serie de baterías destacadas que sólo se construirán cuando la ruptura de hostilidades sea inminente.

Las cúpulas, afustes acorazados, escudos, etc., son imprescindibles en marina; en costa, habrá casos en que se tenga que recurrir á ellos; y en las plazas, excepcionalmente se les debe emplear, pues aparte su excesivo coste, tienen el inconveniente de que inmovilizan las piezas de que constan y si sobreviene alguna avería en sus complicados mecanismos la ó las bocas de fuego quedan *ipso facto* inutilizadas.

Como se da por supuesta la separación de la defensa lejana de la próxima y ésta quedará encomendada á los fuertes, su artillería (compuesta de piezas de campaña), podría estar en abrigos *ad hoc* hasta el momento crítico.

El cemento armado, de que se está haciendo tan grande uso en el extranjero para variadísimas construcciones, podría muy bien aplicarse á las obras de fortificación, consiguiéndose con ello disminuir los espesores de las bóvedas y pilares, si bien resultaría más caro que el hormigón ordinario.

Se supone que los espacios abovedados no serían muy grandes para localizar los efectos de los proyectiles.

Algunos autores manifiestan que la distancia entre dos fuertes debe estar ocupada por baterías de intervalo. No parece muy recomendable tal disposición porque estas obras diseminadas necesitan tener fuerzas afectas para su custodia y defensa. Como máximo puede admitirse que las baterías estén á medio kilómetro del fuerte de que dependan, lo que equivale á decir que habrá intervalos de dos kilómetros sin obras. Cuando convenga disminuirlos, será preferible acortar la distancia de los fuertes á 1,5 km. ó á 2 kilómetros.

También recomiendan que la línea de fuertes esté unida por una vía férrea y que otras ferrovías unan los fuertes con el recinto, cosa que sería imposible

en el caso que nos ocupa por las dificultades de trazado. A lo sumo, podrían admitirse algunos ramales en sitios especiales, pero para ello deberían tener como mínimo un metro de anchura de carriles, pues, siendo ésta menor, habría gran exposición de vuelcos en las curvas.

En las vías que actualmente están en explotación deberían construirse apartaderos y sencillos muelles de descarga que estuvieran en comunicación, innecesario es decirlo, con las posiciones contiguas más importantes.

Si bien no sería ventajoso construir una red completa de ferrovías en el campo atrincherado, sería imprescindible trazarla de caminos ordinarios, y se procuraría desenfilarla de los fuegos donde fuese posible y de las vistas donde esto no fuese asequible: bien por medio del trazado, ó por medios artificiales, como plantaciones de setos vivos, árboles, etc., para ocultar los movimientos de tropas, cañones, columnas de municiones, etc.

Tal red de comunicaciones tiene tanta importancia como las demás obras, pues además del abastecimiento de los fuertes, facilita los movimientos del defensor, no sólo por lo que á las tropas se refiere, sino á las bocas de fuego, que deben estar todas ellas montadas de manera que puedan trasladarse con facilidad de un punto á otro, pues, por la gran extensión que ocupan los campos atrincherados, no pueden ser embestidos por todo su contorno simultáneamente; el atacante elegirá para ello uno ó dos sectores, á lo sumo, y en éstos, como es natural, el defensor acumulará sus recursos sin desatender tampoco en absoluto los restantes.

El artillado de los fuertes destacados se reduciría á seis piezas para dar fuegos de frente, otras seis para las baterías traidoras y cuatro ó seis para el flanco; todas de tiro rápido y de 6 á 8 centímetros de calibre.

El recinto de seguridad, situado á 500 metros del casco de la población, constaría de cortinas de 1 kilómetro de longitud máxima, que no se construirían más que en el último momento y estarían apoyadas en una línea de fuertes permanentes, análogos á los anteriores, pero de menores dimensiones, con menos artillería, y ésta no tan perfecta como la de los fuertes destacados. El número de fuertes del recinto sería próximamente 10, y sus emplazamientos se procuraría que estuviesen próximos á las vías de comunicación, barriéndolas con sus fuegos.

JUAN LUENGO

Capitán de Ingenieros.

(Concluirá.)

---

## SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

---

LAS PALOMAS MENSAJERAS.—Su cultivo, historia, educación y distintas aplicaciones, por el capitán instructor de Infantería en la Escuela de Clases, Luis Perlinger, iniciador, fundador y ex director de los palomares militares de la República Argentina.—Buenos Aires.—1899.—Un folleto de 48 páginas y varias figuras intercaladas.

El distinguido autor de este folleto trata en él de la historia de las palomas

mensajeras, del instinto de orientación de las mismas, y de las razas más importantes, dedicando también algunas páginas á la descripción del palomar y de sus accesorios, así como al régimen del mismo y á la reproducción, educación y muda de las palomas, terminando con algunas observaciones sobre los concursos de palomas mensajeras, remisión de despachos y organización de los palomares militares. La variedad de temas tratados por el autor no se halla en relación con el corto número de páginas que tiene el folleto de que tratamos; pero como aquél se habrá propuesto, sin duda, nada más que vulgarizar la importancia grandísima de las palomas mensajeras, opinamos que ha logrado perfectamente sus aspiraciones.

KRIEGSGESCHICHTLICHE EINZELSCHRIFTEN.—*Herausgegeben vom Grossen Generalstabe. Abtheilung für Kriegsgeschichte II.—Heft 27 Friedrich des Grossen Anschauungen vom Kriege in ihrer Entwicklung von 1745 bis 1756.*—(Monografías de historia militar, publicadas por el Grande Estado Mayor.—Sección II, de historia militar—Cuaderno 27.—Federico el Grande. Sus ideas sobre la guerra, desarrolladas desde 1745 á 1756.)—Berlin.—1899.—Un tomo de 387 páginas, con un croquis intercalado.

Las ideas sobre la guerra, expuestas por Federico *el Grande* en sus numerosos estudios militares, no serán jamás viejas. En Alemania, la inteligencia del ejército se nutre continuamente de los conceptos de aquel guerrero extraordinario, que tan alto supo elevar el prestigio de Prusia. En el libro de que tratamos se especifican los escritos militares del rey, desde 1745 á 1756, y se deducen sus ideas sobre la táctica elemental y la gran táctica, y sus principios de estrategia, analizando lo fundamental de esta rama del arte militar y sus aplicaciones especiales á la estación de los ejércitos, á las marchas y paso de ríos, á la guerra de sitios y á los cuarteles de invierno. De las obras de Federico, examinadas en el presente estudio, la mayoría están escritas en francés, y algunas [en verso]

«Voilà quels sont de l'art les principes certains,  
Pour mouvoir des grands corps et choisir les terrains;  
De l'ordre dans les camps, une marche bien faite,  
Un poste avantageux, une belle retraite,  
Décident du destin des rois et des Etats.»

(*L'Art de la guerre.*)

Después de los estudios de 1745 á 1756, llegó para Federico *el Grande* la guerra de los *Sete Años*. Ganó en ella gloria inmarcesible. ¿La hubiera ganado aprovechando, para no hacer nada, la paz de 1745 á 1756?

El libro de que tratamos está editado con el esmero bien conocido de los bibliófilos, por la acreditada librería de Mittler é hijo.

M. R. B.